

A Luis Alfredo Herrera Cometta le dijimos siempre “El gaucho”. ¿Por qué? No sé si fue porque nació o fue concebido en Buenos Aires, pero si supe, casi desde que tuve memoria de mí mismo, que su madre, Aída Cometta Manzoni, “Loló”, era Argentina: una mujer pequeña y elegante. Estudiosa, docente y escritora, interesada en la situación de los indios americanos. Loló pensaba, y hablaba, desde una distancia inteligente e irónica, diciendo cosas para decir otras. Yo la escuchaba con atención y reconocimiento. Y ella me escuchaba a mí.

El padre de Luis se llamaba como su hijo. Le decíamos “El negro Herrera”. Era alto, delgado y elegante como su esposa. Llanero venezolano. Lo recuerdo sentado a la mesa de mi familia, una mesa polémica de discutidores irreductibles, dándole (como buen llanero) la razón a todos, con maestría inigualable. Fue a Buenos Aires a estudiar veterinaria, y allí conoció a Aída, que tenía dos hermosos apellidos italianos. Uno era Cometta, que evocaba para mí el relato de mi tía Carmen, la mayor de mis tías, que a los 4 años de edad, desde las montañas de Boconó, el 19 de mayo de 1910, había observado cómo la lluvia de meteoros que a su paso había dejado el cometa Halley, se perdía en la oscurísima noche de la luna nueva. El otro apellido era Manzoni. Estaba emparentada, quizá, con el famoso poeta milanés.

En Buenos Aires, antes de casarse, conocieron a mis abuelos, que fungían de Embajadores de Venezuela en Argentina. También a mi tía Natty y a Argimiro. Y a mi madre. Todos se decían progresistas. Estaban poseídos, en mayor o menor grado, por la idea comunista. Y se reencontraron en Caracas. Allí, los Herrera Cometta, con sus dos hijos, María Elena, la “Cuchi”, y el gaucho, se incorporaron a mi grupo familiar. Desde entonces, El gaucho y la Cuchi, fueron para mí, primos, mis primos.

Mi padre fue buen amigo de los Herrera Cometta. A veces íbamos a visitarlos al apartamento, muy moderno para la época, que habitaban en San Martín. Y allí, recuerdo haber entrado al cuarto del gaucho y haber visto sus juguetes científicos, para mí indescifrables. Ya se sabía (Luis tenía 8 años) que sería científico. Y más precisamente: físico. ¿Por qué su vocación se había definido tan temprano? No lo sé. Pero es un hecho.

Nos veíamos casi todos los domingos en la mañana, en casa de mi abuelo. El gaucho era un niño delgado, energético, pero asmático. Había algo débil en él. Algo que con su fuerza de voluntad, cambió. Lo vi transformarse en un experto en Kung Fú.

Coincidimos en el mejor liceo de Caracas, el de Aplicación. Allí hacían sus prácticas los estudiantes del Pedagógico. Yo me entregué a la política. El gaucho a su deseo de ser científico.

Y nos reencontramos el año 1963 en París, y en Moscú, ambos becados por el Consejo Soviético de la Paz, que en Venezuela presidía mi abuelo. Vivíamos en pequeñas habitaciones, al final de la Avenida Lenin, en el sur-este de Moscú. Casi al borde de la ciudad. O de los bosques. Recuerdo haberlo visto participando en una ruidosa celebración de sus compañeros de habitación.

Participaba, sí, intensamente, pero no dejaba de estudiar en un libro que tenía abierto sobre la mesa. ¿Cómo hacía?

Desde entonces nos hemos visto poco (una vez en París, otra en la estación de trenes de Milán, otra vez en Casa de la Cuchi, o en Mérida) pero mi afecto por él sigue incólume. Lo he visto crecer como científico. Obtener premios. Convocar discípulos (entre ellos a Luis Núñez) que lo quieren y lo respetan. Se despojó de la idea comunista que le inculcaron la época y sus padres. Hoy es uno de los más importantes científicos de América Latina. Comprometido con la ciencia que lo llamó tempranamente. Pero también con la democracia. Con una voluntad de diálogo consigo mismo, con Alicia Di Prisco, su esposa y sus hijos, con sus amigos, con el mundo. Vive, observa y padece la actual amenaza totalitaria sobre Venezuela. Pero sigue estudiando y produciendo. No sólo conocimiento científico en la ciencia de su elección, sino palabras ciertas de un hombre que ha vivido y combate por una vida superior. Recientemente lo escuché en Salamanca. Estoy orgulloso de formar parte de su familia de elección. Y de que me considere su amigo.

Miguel Szinetár

